



PERIODICO POLÍTICO, LITERARIO Y DE INTERESES MORALES Y MATERIALES
(SEGUNDA ÉPOCA)

Año VI.—Núm. 199.

Director: Federico Lafuente.

Toledo 19 Abril 1905

Se publica los sábados.

Dirección y Redacción: Hombre de Palo, núm. 17.

Administración: Comercio, núm. 55.

Precios de suscripción.—En Toledo y su provincia: Un trimestre, 1,50 pesetas; seis meses, 3 id.; un año, 5 id.; número suelto, 0,10 id.
En las demás provincias: Un trimestre, 1,75 pesetas; seis meses, 3,25 id.; un año, 6 id.
En el extranjero: Seis meses, 4 pesetas; un año, 7 id.
Pago anticipado.

Precios por línea.
Anuncios.—Una inserción: 1.ª plana, 0,50; 2.ª, 0,35; 3.ª, 0,20; 4.ª, 0,10.—
Tres inserciones: 1.ª plana, 0,40; 2.ª, 0,30; 3.ª, 0,15; 4.ª, 0,08.—
Más de tres inserciones: 1.ª plana, 0,35; 2.ª, 0,25; 3.ª, 0,12; 4.ª, 0,06;—
Fijos: 1.ª plana, 0,25; 2.ª, 0,15; 3.ª, 0,09; 4.ª, 0,04.
Reclamos.—Una inserción: 1.ª plana, 1 peseta; 2.ª, 0,75; 3.ª, 0,50.—
Tres inserciones: 1.ª plana, 0,75; 2.ª, 0,50; 3.ª, 0,30.—Más de tres inserciones: 1.ª plana, 0,60; 2.ª, 0,40; 3.ª, 0,25.—Fijos: 1.ª plana, 0,50; 2.ª, 0,30; 3.ª, 0,20.—Pagos anticipados.

Continuación de la Pasión del Cristo.

JESUCRISTO, que con su muerte nos redimió, no puede padecer después de resucitado; porque entrando en la posesión de la gloria, su humanidad sacratísima se ha colocado fuera del alcance de las penas. Lo mismo nos sucederá á nosotros después de la resurrección de la carne.

Y, sin embargo, la pasión de Cristo no acabó, continúa aún y continuará hasta que termine el mundo y vayan los cabritos á la izquierda, y los corderos á la derecha del Cordero sacrificado desde el origen del mundo. Y continúa con los mismos caracteres que distinguieron la pasión de Jesús en Jerusalem y sobre el Calvario.

Para entender esa antilogía, hay que tener en cuenta que á Jesucristo se le puede considerar de dos maneras: ó como una persona física, como un hombre determinado y en concreto, que así se llamaba; ó como una institución, como una persona moral, en la cual, aun cuando vayan desapareciendo los individuos, queda el cuerpo, queda la sociedad, queda la persona, que no muere.

Así en Toledo, fijándonos en las más antiguas, tenemos dos cuerpos capitulares, dos personas morales, que se renuevan sin cesar y son siempre las mismas, el Cabildo Catedral y el Cabildo municipal; muere hoy un individuo y mañana otro, y al cabo de pocos años no queda nadie de cuantos hoy los forman, permaneciendo idénticas las personas morales, los Cabildos. Una cosa muy parecida á lo que ocurre con el organismo de nuestro cuerpo, cuyas partículas se renuevan sin cesar, hasta el punto de que en siete años se pierden todas, según fundada opinión de los biólogos, y el cuerpo es el mismo, sin que á nadie se le ocurra dudar de que el cuerpo que tiene á los veinticinco ó á los cuarenta años no sea aquel que tenía á los dos ó á los tres, ó al nacer.

Ahora bien, la Iglesia Católica es el mismo Cristo; es el cuerpo de Cristo, según la doctrina cristiana expresada clarísimamente por san Pablo en sus cartas; de manera, que las persecuciones y pasiones de Cristo, que sufre ahora en su cuerpo místico lo mismo que en su vida mortal sufrió en cuanto hombre.

Hay, no obstante, una grandísima diferencia en cuanto al resultado de la persecución; la de Cristo-Hombre terminó con la muerte del hombre, la de Cristo-Iglesia no puede terminar así, porque la Iglesia no muere, sino que terminará con el exterminio de sus perseguidores, según está escrito: «Hasta que pongas á tus enemigos como escabel de tus pies».

Por lo demás, el parecido entre ambas persecuciones es tan grande, que más bien semeja una persecución continuada que no dos persecuciones distintas; y así es, en efecto, ya miremos al perseguido ó bien consideremos al perseguidor.

En ambos casos, el perseguido es el mismo, Cristo; Cristo-Hombre ó Cristo-Iglesia; Iglesia ú hombre, Cristo que redime y padece por su perseguidor. Es la inocencia perseguida por la culpa, la humildad por la soberbia, la santidad por el pecado, la sabiduría divina por la petulancia humana, la caridad por el odio, el bien por el mal.

Que Cristo Hombre fuera inocente, lo confesó el Juez cuando dijo: «No encuentro causa en Él» y también: «Soy inocente de la sangre de este Justo». Claro está que si era justo, no era culpable, y por tanto, era inocente. Bastaría este testimonio del Juez sentenciador; pero no está de más añadir otros. La mujer del Juez pasó un recado de atención á su marido, diciéndole: «No tengas nada que ver con ese Justo»; el centurión que custodia-

ba al reo y cuidaba de los soldados que intervinieron en el suplicio, afirmó: «Verdaderamente Este era Hijo de Dios»; esto es, *Justo* y la misma inocencia; inocente por último le proclamaron el buen ladrón y toda la turba que volvía á Jerusalem golpeándose el pecho por el crimen de haber castigado y asistido al suplicio de un inocente.

Que lo es igualmente Cristo-Iglesia, lo vemos confesado por sus enemigos, de la propia suerte que confesaron la inocencia de Cristo-Hombre;

parece no tiene más objeto que la felicidad de la otra vida, hace también nuestra felicidad en ésta». (*Montesquieu, Espíritu de las leyes, I-24*). «Doy gracias á Jesucristo porque con un gran milagro conserva en la tierra á esta única Iglesia, la única que puede mostrar que nuestra fe es verdadera; de suerte que ella jamás se ha apartado de la verdadera fe con decreto alguno suyo». (*Lutero, Disp. Lip. T. I*).

Hemos querido poner con preferencia á otros

muerte de Jesús; pues viendo los judíos que hacía tantos milagros y que todo el mundo le seguía, decretaron quitarle de en medio. En otra asamblea, reunida al principio la predicación apostólica, se acordó igualmente prohibirla y encarcelar á los predicadores, azotándoles, como lo hicieron. Mas como Cristo-Iglesia había de sobrevivir, y sobrevivió á los primeros asambleístas que decretaron su muerte, fué necesario que, con el andar de los tiempos, se reunieran nuevas asambleas y se juntaran éstas millares de veces en el tiempo que lleva de existencia, y en todas se decretó la muerte de Cristo; pero Cristo-Iglesia vive y vivirá, pues no hay prudencia, no hay consejo contra Dios.

En nuestra época estas asambleas que decretan la muerte de Cristo son diarias, y aun pudiéramos decir que son horarias; pues apenas pasará hora del día ó de la noche que no se congreguen los enemigos de Cristo para decretar su muerte y preparar y poner en práctica los medios para efectuarla, sobre todo desde la famosa reunión tenida en *Bourg-Madame* por jansenistas y filósofos para concluir con la Iglesia.

El motivo alegado por los perseguidores de Cristo-Hombre, era: «Vendrán los romanos y se apoderarán de nuestra ciudad, deshaciendo nuestra nación.» Eso mismo han repetido siempre los enemigos de Cristo-Iglesia, con unas frases ó con otras; siendo la modernísima entre nosotros la necesidad de *europizarlos*, esto es, descatolizarlos, para que no nos absorban las naciones poderosas. Y no reparan las pobres gentes, que así hablan, en que ese es el camino más breve de nuestra perdición, conforme á lo sucedido á los judíos y demás pueblos que siguieron esa disparatada máxima. Con razón dijo San Agustín: «Temieron (los judíos) perder el reino temporal, y por no perder éste, descurdaron el espiritual, consiguiendo el perderselos ambos.»

Los motores principales de la persecución contra Cristo-Hombre, fueron los escribas, y no decimos nada de los fariseos, porque mientras estos últimos formaban una secta, los primeros formaban una clase, perteneciendo casi todos ellos á la secta de los fariseos, por más que no faltaban entre los escribas, ni saduceos, ni herodianos, que eran otras dos sectas judías. Pues bien, *escriba* tanto monta como sabio, instruido, conocedor de la ley, etc., y este concepto han tenido siempre y tienen hoy de sí mismos los perseguidores de Cristo-Iglesia.

Después de la primera persecución que sufrió la Iglesia, por parte de los escribas, vino la de los *gnósticos*, que significa conocedores, instruidos, etcétera, como los escribas; y dando un salto—porque no hemos de recorrer ahora los siglos—hasta el XVIII, en que más se desarrolló y propagó la persecución actual; los perseguidores se apellidaron á sí propios *filósofos*, esto es, conocedores, amantes de la sabiduría, y en el XIX dejaron aquel apelativo, tomando el de *ilustrados* y *liberales*, llamando á los católicos oscurantistas y serviles; todavía se llaman liberales, entre nosotros, los perseguidores de Cristo-Iglesia; pero nada más que en España, donde hemos tenido la fortuna de que los enemigos de Cristo vayan siempre medio siglo retrasados, por lo menos, en relación con sus congéneres de otros países; bien así como las señoritas de pueblo adoptan las modas cuando ya las han abandonado las de capital. Fuera de España se llaman hoy los perseguidores *superhombres*, hombres extraordinarios, algo más que un simple mortal; y los que entre ellos no pueden llegar á esa categoría, se contentan con el modesto nombre de *sabios*, dejando para los católicos el de *atrasados* é *incíviles*. Es lo mismo que hacían los perseguidores de Cristo-Hombre, los escribas, que llenos de



pocos testigos bastarán. «Tiemblo y me estremezco al veros contristar y afligir á la Religión en vuestros escritos. Sobre todo, aprended á respetar la Religión; la humanidad misma os impone este respeto..... La esperanza de otra vida consuela en esta al pueblo y al miserable desdichado. ¡Qué crueldad es quererles quitar también esta esperanza!» (*Rousseau en carta á un discípulo de Diderot*). «¡Cosa admirable! La Religión cristiana, que

esos testimonios, porque, en ellos se habla de la Religión, de la Religión cristiana y de la Iglesia, tres cosas que son una misma cosa, y porque procediendo el último del padre de la actual persecución, pertenecen los otros dos á sus más aventajados discípulos.

Si nos fijamos en el perseguidor, notaremos al instante que el de la Iglesia es el mismo que persiguió á Cristo. En una asamblea se decretó la

si mismos y de su suficiencia intelectual, preguntaban: «¿Acaso ha creído en El (Cristo) alguno de los principales? ¿Qué ha de creer! Sólo esa maldita turba que no conoce la ley.» Y aunque no muchos, habíalos entre los discípulos y creyentes de Cristo, sabios de veras, y de lo selecto entre los sabios y hombres de bienes de fortuna y honradez entre los judíos; tales eran Nicodemo, Gamaliel, Manahen, José de Arimatea, etc.

Muchas otras comparaciones se pueden hacer entre la persecución de Cristo-Hombre y la de Cristo-Iglesia; pero hay que terminar con una sola. El pueblo no fué perseguidor de Cristo Hombre, ni lo fué nunca de Cristo-Iglesia, antes bien, recibió al primero con aclamaciones y *Hossannas*, como ha recibido frecuentemente a la segunda; pero, poco después, por sugerencias de los escribas, pidió la muerte del Justo. Así hoy, sugestionado por los modernos escribas, pide la desaparición de Cristo-Iglesia. Hágasele ver al pueblo que la Iglesia es su salvadora y su redentora, y sólo ella, y se le verá bien pronto herir su pecho arrepentido, como lo fué el pueblo judío cuando bajaba del Calvario.

No es fácil hacer en pocas palabras una síntesis exacta del resultado de todas las persecuciones; porque son tantas cuantos los días de la Iglesia. Y como la última persecución de Cristo-Hombre concluyó en la gloriosa Resurrección y triunfante Ascensión a los Cielos, así la última persecución de la Iglesia terminará en el juicio final, donde será coronada la esposa del Cordero con sus hijos, mientras que serán arrojados sus perseguidores a los abismos. Mientras ese día llega, y como preludio de lo que sucederá en el futuro, recordemos lo sucedido en lo pasado.

La persecución de los judíos concluyó con la ruina de Jerusalem y la muerte de aquel pueblo, mientras que Cristo-Iglesia iba enseñoreándose del mundo gentil.

La persecución del imperio romano acabó post-trándose Roma a los pies de Cristo y pagando el imperio sus persecuciones con el aniquilamiento del Occidente en Augustulo.

La persecución de la herejía griega, coronada últimamente por el cisma, concluyó con la invasión de los árabes primero, que casi aniquilaron el imperio; y de los turcos después, que se apoderaron de Constantinopla.

La persecución de los mahometanos, aunque no concluyó todavía, está para acabar con la expulsión de los turcos de todo el territorio de Europa y aun de Asia. Esperamos verla pronto.

Las varias fases de la persecución germánica terminaron en Canosa y en el traspaso de la corona imperial a los Ausburgos.

La persecución napoleónica terminó en el restablecimiento del Pontificado en Roma y el sepulcro de Santa Elena.

La persecución masónico-liberal de hoy está espirando, y pronto, muy pronto, veremos a las huestes de la Cruz proclamar por todo el mundo el triunfo de Cristo-Iglesia para bien de los hombres y pacificación de la humanidad. Y así concluiremos diciendo a los pusilánimes que tanto abundan: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado.»

Fernández Valbuena.

¡Era Hijo de Dios!

Gono está consumado; los vaticinios han tenido el más exquisito cumplimiento; satisfecha está la venganza de Chacal que agitó el pecho de un pueblo ingrato; la redención del hombre se ha llevado a término sobre el Monte de la Mirra.

Las auras del Gólgota, perdida la delicada blandura con que en otro tiempo habían mecido las hojas de los citisos de oro del Edén, tristes ahora y silenciosas como el ángel del sufrimiento, recogieron en su seno el último hálito de vida mortal exhalado por el Mártir del amor, que quiso ahondar en las más profundas emociones del corazón, apurando, hasta las heces, el cáliz de la amargura sin igual.

El universo, más sensible que el hombre, lloró la muerte del Creador; la tierra retumbó en sus gránicas entrañas; el sol oscureció los resplandores de su radiante faz; enrojecióse la luna como de sangre; cesaron las estrellas en su diamantino cabrilleo: enmudecieron los alados cantores del aire; marchitos se vieron los granados y nópalos de Nazaret; triste la gloria del Tabor, la magnificencia del Líbano y la verdura que sombreaba el Carmelo; el velo del Templo jerosolimitano se rasgó, finalmente, en dos partes como para indicar respectivamente con ellas el término de una ley de temor, y la venturosa génesis del reinado de la misericordia y de la ternura.

Aquel cuadro grandioso de funebredad universal, conmoviendo la ciencia y domeñando el poder, derrocó a ambos y arrancó de una y de otro la confesión más solemne. La ciencia y el poder reconocieron de consuno que la augusta víctima veneranda del Calvario, era Dios; aquélla cantó por boca de Dionisio: «O la naturaleza se pulveriza, ó el autor de ella padece»; éste exclamó con la voz del centurión Cornelio: «Verdaderamente era Hijo de Dios». La ciencia de un sabio en el Arcópag, y la representación de la prepotencia romana en el Monte de las Calaveras, confesaron paladina y apodicticamente que Jesucristo era Dios.

Mas los trabajos de Jesús, las gloriosas humillaciones del Hombre-Dios, no son solamente hechos históricos con que se inician las primeras páginas del

libro que contiene los magníficos fastos del mundo de la Redención; son también la completa expresión de una profecía, cuya realización y cumplimiento se viene desarrollando a través de los siglos en esa gran familia inmortal que se llama la Iglesia Católica.

Jesucristo perseguido significa la Iglesia perseguida; los mismos enemigos del divino Maestro se han adunado contra la Esposa del Cordero, la han cercado con toda clase de asechanzas, la han presentado a la faz del mundo como objeto de burla y motivo de fisa, y muchas veces, han celebrado funerales por ella como si se tratara de un cadáver. Momentos hay en los cuales apenas si se vislumbra el horror religioso; los horizontes se muestran entenebrecidos; mudas las gargantas de los apologistas; rota la unidad religiosa. La ciencia y el poder estrechamente ligados, ó trabajando cada cual por cuenta propia, se han dispuesto a entonar el himno de victoria; pero destrazadas sus lirras, desbaratados sus planes, viórense obligados a confesar que la Iglesia tiene una vida divina, que sostiene vigorosamente el brazo invencible de su Autor.

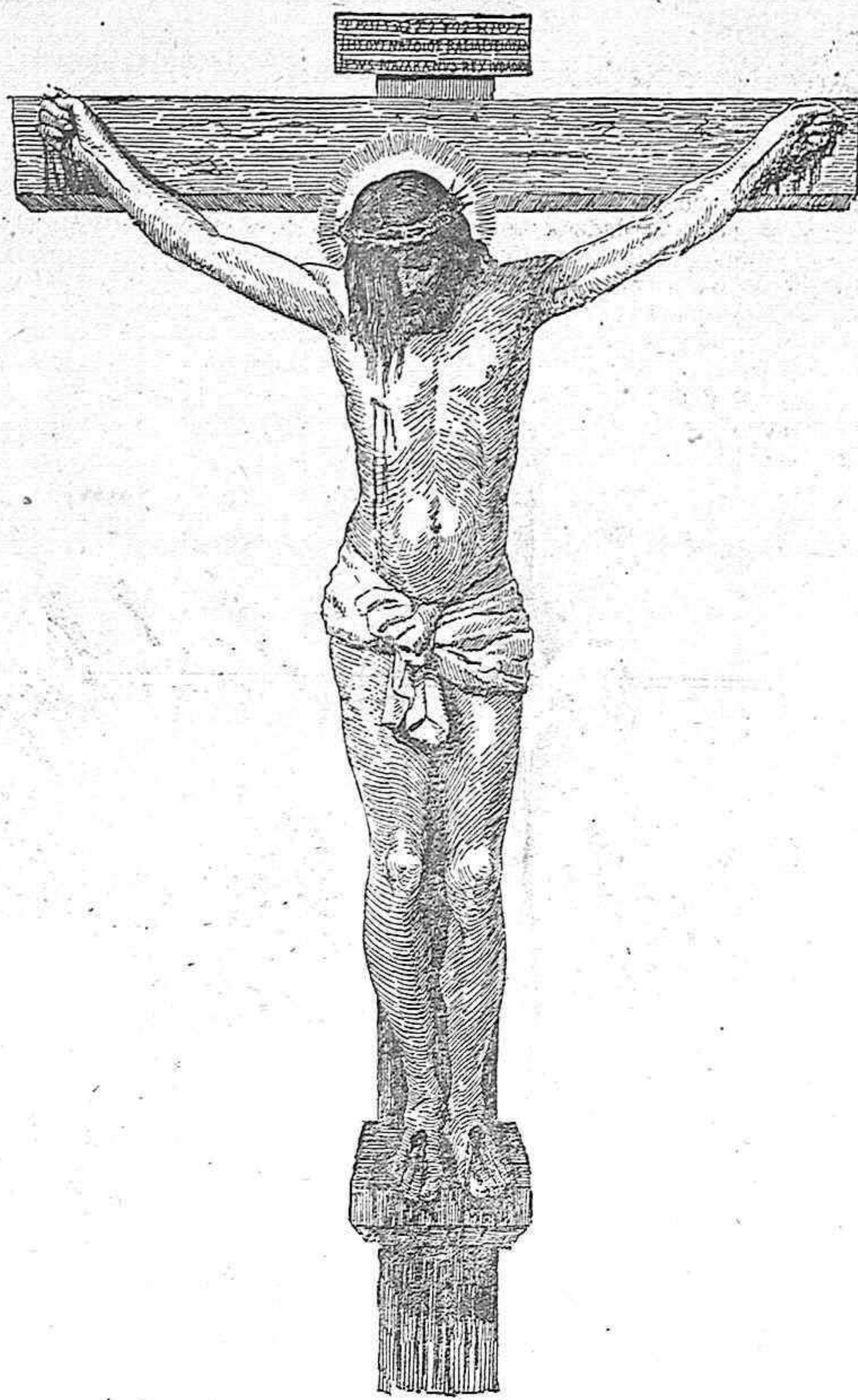
El poder, la fuerza dominante, lanzó todos sus dardos contra la obra del Cristo; luchó contra ella con esfuerzos de titán, y al fin, impotente y vencido, tuvo que confesar, mal de su agrado, que la Iglesia era una roca incommovible contra la cual se estrella-

La herejía en sus variformes manifestaciones, ha sido por fin vencida en Antioquia, en Mesopotamia, en Bizancio, en el Bósforo, en Cartago, en Jerusalem y donde quiera que, en nombre de la ciencia gárrula, se han levantado los errores a guisa de inmensos nubarrones que intentaban empañar el brillo de la verdad; la Reforma, la Enciclopedia y el Filosofismo, creyeron dar el golpe de gracia a la Iglesia; pero el martillo que bate, fortifica el hierro, y la Iglesia, por cada golpe recibido del error, ha obtenido una victoria indiscutible, viniendo a ser reconocida como divina por los mismos que la combatieron con saña.

Montaigne, La Métric, Spinoza, Toussaint, Dumarsais, Deslandes, Maupeituis y una innúmero legión de campeones, que primero sirvieron al error, y que a la hora de la muerte, ó antes de ello, tornaron convencidos a las tiendas de la fe religiosa, son prueba irrefragable de que la Iglesia reverbera con luz resplandeciente los inmortales esplendores de la divinidad.

Quien rechaza a Jesucristo y a su Iglesia, prescinde de la vida y se pierde; porque sólo Jesucristo tiene el poder y la ciencia de la redención y de la vida.

Las concitadas pasiones, los gritos de las plebes que rompen el freno, los gobiernos que hechos ateos tiemblan, la ciencia incrédula que vacila, caerán ren-



ban deshechas las olas bramadoras de un empeño destructor.

Calígula, Decio, Domiciano y Nerón, pudieron regar la arena del circo y la tierra de sus vastos dominios con la sangre inmaculada de los defensores invictos de la fe; pero la sangre de los mártires fué semilla productora de Cristianos, según escribió Tertuliano en su *Apología*; Juliano, el apóstata, planeó, inspirado por el odio, la destrucción de la Iglesia; puso en juego todos los medios que pudo sugerirle la rabia para lograr sus propósitos; pero con la última gota de sangre arrojó también esta blasfemia satánica: «¡Venciste, Galileo!» Genserico, León Isaurico, Federico Barbarroja, Guillermo de Ocam, el proscrito de Santa Elena y otros cien, esgrimieron toda la energía de la fuerza contra esa sociedad divina, y los desesperados esfuerzos de todos ellos sólo sirvieron para autentificar su misma impotencia, declarando a la par que la Iglesia, como hija del cielo, tiene una blindaje tal, que en él se embotan los tiros del poder dominador, y pura é incontaminada se levanta siempre del fango y de la yacija, donde la fuerza del huracán demoleedor ha pretendido sumirla.

No puede la ciencia enemiga de la Iglesia, reputarse más afortunada que el poder en sus pretendidas conquistas.

didos, tarde ó temprano, ante Jesucristo, quien, como escribió Pascal, «es un Dios al cual nos acercamos sin orgullo, y ante el cual nos humillamos sin desesperación»; y mal que les pese, ciencia y poder tendrán que clamar con eco profundo: ¡Verdaderamente era Hijo de Dios!

Eusebio Hernández Zazo.

Nazaret y el Nazareno.

En la Galilea inferior, como a unos tres días de camino de Jerusalem, a dos leguas del monte Tabor, a la extremidad del valle de Esdrelón perpetuamente sombreado por los elevados montes que le circundan, y sobre la cima de una colina a la que servía de corona, se encontraba situada la pequeña y agradable Nazaret, ciudad natal de la Santísima Virgen María y lugar en que se verificó la Concepción y pasó su vida el Redentor del mundo.

Parece natural que en Nazaret, que significa *flor*, naciese la flor de las vírgenes, y que saliendo de esta flor Jesucristo, nuestra corona y nuestra gloria, fuese en Nazaret concebido y educado.

Pudiera ser razón de este providencial designio el que el hombre no se ha contentado con asociar a los hechos de su vida cierta secreta misteriosa influencia de las constelaciones del firma-

mento; si que ha hecho objeto de vanidad y timbre de gloria, el haber visto la luz primera en populosas y renombradas ciudades, y puesto en la lista de sus merecimientos, el haber respirado, al venir al mundo, un aire saturado de esencias no exhaladas de las florecillas de los campos, sino compuestas y obtenidas por la humana industria; y como Jesús venía a curar nuestras heridas y a librarnos de todos los errores, quiso confundir con su nacimiento, en un establo de las cercanías de Belén, con su concepción y vida, en la pequeña Nazaret, estos vanos títulos de grandeza, estas verdaderas manifestaciones de nuestra soberbia, que si no lo fueran, no perderían nunca el carácter de satisfacciones pueriles, prueba inequívoca de la perpetua infancia del hombre.

De Nazaret, patria de Nuestro Señor Jesucristo, y de Galilea, provincia en que tal ciudad estaba enclavada, ha recibido el Salvador, no sabemos por qué, los oprobiosos nombres de *Galileo* y *Nazareno*, y no hay para qué decir que sus discípulos, en señal de menosprecio, han sido frecuentemente designados en la historia con estos epítetos.

Una vez, según nos dice el Evangelista San Lucas, «había en la Sinagoga un hombre poseído del demonio, Jesús le increpó, y el demonio exclamó en voz alta: Déjanos, ¿qué tienes tú con nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Conozco bien que eres tú el Santo de Dios». Más tarde un Emperador apóstata que había prometido restablecer el culto a los dioses de la Grecia, y desmentir la profecía relativa a la reedificación del Templo de Jerusalem, herido por celeste rayo, es tradición recogida por los historiadores, que murió pronunciando estas memorables palabras: *Venciste, Galileo, venciste*. El primero que designa al Redentor del mundo con el nombre de *Nazareno*, es el ángel de las tinieblas; el mayor enemigo entre los hombres, que le apoda *Galileo*, en señal de menosprecio, un Emperador apóstata. ¿Es por imitarlos y seguir su ejemplo por lo que aún sus adversarios le dan estos nombres, a pesar de todo gloriosos, y muchas veces aplicados por los profetas?

La palabra *Galilea* se interpreta *trasmigración* ó paso, y por consecuencia *galileo* vale tanto como el que pasa ó trasmigra. Y esta voz, aplicada a Jesucristo, es un título de gloria, porque antes de trasmigrar a su reino celestial é imperecedero, pasó por este mundo, no como los demás hombres, esclavos de la culpa, sino redimiéndonos de ella y dándonos los medios de volver a conseguir nuestros gloriosos sobrenaturales destinos. Jesucristo pasó, pero haciendo siempre el bien y sanando nuestros males. Pasó, pero sin mancharse con el polvo de la tierra, sin hundirse en las aguas de los mares, que atravesó con segura planta como por superficie de mármol. Pasó, arrancando de la mano de los Sacerdotes el cuchillo destinado a los cruentos sacrificios, apagando las hogueras encendidas para consumir las entrañas de las víctimas, cerrando los labios de los pitonisas, de los adivinos, de los agoreros, de los falsos profetas, y estableciendo un culto en espíritu y en verdad conforme a la idea del Dios único que dejó grabada en la humana conciencia. Pasó, y a su paso destruyó la doctrina del fatalismo que encadenaba al hombre sin mérito, porque borraba la personalidad; mientras El decía que el ofrecimiento del hombre a su Dios ha de nacer de un corazón puro, de una voluntad sincera y siempre bajo la condición de la libertad que engrandece y da mérito a nuestras acciones. Pasó alumbrando nuestro espíritu con la revelación de un mundo nuevo a través del desierto del sepulcro, y quitando a la muerte su horror y su imperio, porque la muerte era entonces, en sentir de Homero, la que hacia del hombre «el ser más miserable de cuantos se mueven y respiran en la tierra». Pasó, en fin, rectificando en la humanidad la idea de Dios y de su culto, ennobleciendo al hombre, sentando las bases de las sociedades para formar una sola familia y extendiendo los límites de la nación a toda la especie, del planeta al universo y de lo mortal y caduco a lo inmutable y eterno.

Por esto conviene a Jesucristo el nombre de *galileo*, como le conviene el de *nazareno*. Con razón dijo San Mateo que debía llamarse de este modo, según lo habían anunciado los profetas.

Ignórase si la palabra que empleó el presidente romano en la inscripción que mandó grabar sobre el madero en que fué crucificado, fué la de *nazareno* ó *nasareno*; como nadie le supone profundo conocedor de la lengua y de las costumbres del pueblo que gobernaba, su autoridad no es de gran peso; pero ya fuese *nazareno*, que significa *separado, consagrado, santo*; ya *nasareno*, que vale tanto como *florido*, ó quizá mejor, *germen* ó *renuevo*, aludiendo al que brota de las plantas; de cualquier modo que la escribiese, y cualquiera de las dos interpretaciones que se acepte, ambas convienen a nuestro Señor, no como calificativo de ignominia, sino como signo de grandeza y gloria.

Y ante todo, debemos consignar que este título se le aplica por razón del lugar, por el nombre de su pueblo, Nazaret, donde pasó su vida, y no porque perteneciese a aquella sociedad de varones religiosos que, para vivir en un estado más perfecto, estableció Dios por Moisés en el antiguo testamento. Según la Ley, «hombre ó mujer, cuando hubiese hecho voto de santificarse y quisieren consagrarse al Señor, se abstendrán de vino y de todo lo que puede embriagar.... En todo el tiempo de su separación, no pasará navaja por su cabeza.... dejando crecer la cabellera.... no entrará sobre un muerto, ni aun para los funerales de padre ó madre.... porque consagración de un Dios hay sobre su cabeza».

El Redentor del mundo, *nazareno* por la patria, no lo fué por el voto; por naturaleza, separado de los pecadores, su consagración, en cuanto hombre, fué la unión hipostática, por la cual, el Verbo Divino santificó, unió así y separó la humanidad

sacratísima, quedando santo por autonomasia. Por eso pudo beber el vino prohibido a los nazarenos, y estar sin contaminarse en la presencia de los muertos. Por eso le llamó Daniel el Santo de los Santos, y Santo de Dios el Angel de las tinieblas. Por eso, en fin, la Sagrada Escritura autonieblas. Sobre El florecerá mi santificación—Nazareno—, mientras Isaías había dicho: «Saldrá una vara (1) de la raíz de Jesse (2), y de la raíz de la vara surgirá una flor—Nazareno».

Esta flor es el Salvador del mundo, sobre el cual reposó el Espíritu del Señor, que está puesto por bandera de los pueblos; al que invocan las Naciones, según estaba anunciado, y cuyo sepulcro es glorioso. Vivió separado de los terrenales deleites, de las torpes seducciones de las criaturas, de todo lo que contamina y mancha, y por eso floreció en virtudes y se hizo árbol gigantesco y magnífico, produciendo copiosos y saludables frutos de santidad y gracia. Y como la flor arrancada de su tallo, no por esto pierde su aroma, y cuanto más comprimida y estrujada más parece que reconcentra su olor suavísimo, así maltratado Jesús en su pasión dolorosísima y muerto en el Calvario, más manifestó la virtud de su divinidad, esparciendo a los cuatro vientos el celestial perfume de su gracia para consuelo y vida del género humano.

Y todavía este perfume tanto nos deleita y embriaga, que a la hora en que escribimos estas líneas salen de todos los puntos del planeta muchedumbres por él atraídas, ansiosas de respirar el aire embalsamado de los lugares que un día santificara con su divina planta, y deleitar el pensamiento, meditando y reproduciendo los hechos que hace ya más de diecinueve centurias que en ellos se realizaron.

¿Cómo se explica este milagro de supervivencia, si el Nazareno fué solamente un hombre, si así lo queréis, un filósofo con toda la fuerza persuasiva de la elocuencia en los labios, con la mayor suma de atracciones en su mirada, con la luz más resplandeciente y viva del genio en su frente?

¿Quién adora un muerto con el más entrañable y puro de los amores, y conforma sus operaciones, y sus palabras, y hasta sus pensamientos con los consejos y enseñanzas con que adoctrinara en su vida, y más cuando tales enseñanzas, aunque redentoras y sabias, son un freno, y cuando todo freno molesta y mortifica?

Verdad es que así como tiene discípulos que le adoran también enemigos que le contradicen, y que hay empeñada a la sazón una lucha tal y tan grande, que es de temer que haya llegado el fin de su dominación, según la profecía de sus adversarios. Pero, afortunadamente, esta profecía no ha venido del Cielo; es una conjetura humana, y la expresión de un deseo satánico cien veces anunciado y cien veces desmentido. Cabalmente ésta es una época más gloriosa; porque el perseguidor envidioso se ha declarado enemigo franco, y se divisa en el horizonte de su limpia historia el día de un nuevo y más sorprendente triunfo.

Como el huracán venido de los bosques del Norte purificó en otro tiempo el aire envenenado que respiraba la sociedad antigua, así los elementos hacinados en la hora presente para la destrucción de su imperio volarán aventados por su divino soplo ó arderán en formidable incendio si tales son sus designios; pero devorando sus llamas a los que temerariamente lo han preparado, y conservando ilesos a los alistados a su bandera que permanezcan fieles a la fe jurada en el bautismo. De no hablar en sentido figurado recordáramos lo que hicieron las llamas del horno de Babilonia.

No puede dudarse; el llamamiento de Jesús a sus discípulos es ahora, como siempre, un llamamiento a la lucha y a la victoria, bajo la condición de permanecer fieles a su bandera. Los individuos, los pueblos, las naciones que han desertado de su campo arrastrados por las pasiones desbordadas, atraídos por las concupiscencias terrenales, sentirán una vez más el golpe de su incansable brazo y se verán forzados a exclamar en su agonía, como los apóstatas que pasaron, *venciste, Nazareno*.

Jorge Borondo.

La Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

EMPLÉANSE toda clase de armas en la guerra de los hombres contra Cristo. En los primeros Evangelios, conocidos por el apelativo inventado por los alemanes de Sinópticos, han encontrado pretextos los enemigos de Jesús de que se sirven para negarle la Divinidad. Aseguran los enemigos de Cristo que los tres primeros evangelistas, ó sean los autores de los Sinópticos, no probaron la Divinidad de la persona de Jesús, ni siquiera hablaron de ella.

Destituida de todo fundamento de razón es aseveración semejante. En el primer capítulo de los tres sinópticos se leen expresiones con las que el entendimiento humano queda convencido de la Divinidad de Cristo. En el primero de los sinópticos, escrito por San Mateo, deja el Evangelista grabadas estas palabras: *Joseph, hijo de David, no temas de recibir a María, tu mujer; porque lo que en ella ha nacido, de Espíritu santo es. Y parirá un hijo; y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados de ellos. Hé aquí que la Virgen concebirá y parirá un hijo y llamarán su nombre Emmanuel, que quiere decir: Con nosotros, Dios (3).*

Estos testimonios de San Mateo patentizan la Divinidad de Jesús; acreditan su nacimiento por virtud del Espíritu Santo de la Virgen María; y sustentan que la Virgen le dió a luz maravillosamente y recibió por nombre Emmanuel, es decir: Con nosotros, Dios.

Quien no cierre los ojos a la luz que despiden el Evangelio sinóptico de San Mateo, confesará la claridad de los términos, en los que en el primero de sus capítulos afirma que Jesús es Dios.

Tomemos en nuestras manos el Evangelio de San Marcos, y nos convenceremos que comienza confesando explícitamente la Divinidad de Jesús en esta forma: *Principio del Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios*. Si luego registramos el de San Lucas, observamos no se anda corto en proclamar a Cristo, Dios, por estas palabras, dirigidas por el Angel San Gabriel a María: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Hé aquí, concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su Padre; y reinará en la casa de Jacob por siempre. Y no tendrá fin su reino (1).*

Un artículo tan fundamental, cual la Divinidad de Cristo, de nuestra Religión Católica, Apostólica, Romana, debía esculpirse en las Santas Páginas con caracteres imborrables; y a pesar de que los autores sagrados, inspirados por el Espíritu Santo, en todas las partes de sus escritos estampan esta doctrina, nunca han faltado hombres que han negado esta verdad. Es más: se han atrevido a defender que los Evangelios sinópticos han guardado silencio acerca del artículo sobre el cual descansa el edificio de la Religión. Parece mentira sean tan desaprensivos que nieguen la verdad, cuyo conocimiento sólo exige abrir los ojos y ver, como ocurre con los textos aducidos del primer capítulo de los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas.

¿Pero, por ventura, en las páginas de los Evangelios sinópticos no están descritas con sencillez encantadora y con lujo de pormenores las obrasmilagrosas que Jesús realizó en confirmación de la naturaleza divina de la persona también divina de Cristo? Nunca la crítica moderna, arbitraria en procedimientos y caprichosa en sus juicios, podrá hacer desaparecer los hechos portentosos ejecutados por quien se llamaba y era el Hijo de Dios consustancial en la naturaleza divina.

Por verdad plenamente comprobada se reputa, por todo hombre de juicio sano, que la Divinidad de Jesús es enseñada en los tres primeros Evangelistas; apellidados los Sinópticos.

El cuarto Evangelista, San Juan, prueba, rogado por sus discípulos, de exprofo la Divinidad de Cristo. Los herejes han penetrado pronto en la heredad del Gran Padre de familias y han sembrado la cizaña de la negación de la Divinidad de la persona de Cristo; negación que si fuera verdadera destruiría la Religión más grandiosa que ha tenido la humanidad.

Las sublimes páginas del Aguila de Patmos prestan ocasión a los nuevos críticos de la Historia Evangélica para proponer la dificultad de que hay oposición manifiesta entre los Evangelios sinópticos y el último de San Juan. Dificultad deshecha por ella misma y tan inconsistente que no resiste un ligero estudio. Los Evangelios Sinópticos nos dan a conocer que Cristo es Dios, y la misma verdad salta a la vista en el Evangelio de San Juan.

Admirable es el modo de dar comienzo San Juan su Evangelio. Los Angeles y los hombres deben quedar asombrados al escuchar unas expresiones tan magníficas, como son las que pongo a continuación: sólo Dios pudo ser su autor: *En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios. El Verbo de Dios, palabra sustancial con el mismo Dios, es quien toma la naturaleza humana haciéndose hombre. Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y cimos la gloria de él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Qué grandeza de introducción del Evangelista! ¡Y qué conveniente para desenvolver las sublimes concepciones del Evangelista de la Divinidad!*

El desenvolvimiento de tan maravillosa introducción lo desarrolla el Evangelista con pruebas

inconcusas, que arrastran el entendimiento a asentir a la verdad, base y fundamento de la Religión católica; porque si la primera y más fundamental verdad de la Religión es la existencia de Dios, supuestos los decretos divinos de la Redención del hombre caído por medio de su Hijo Unigénito, pagando con rigurosa justicia mucho más que el hombre caído por la mano de Adán debiera, el fundamento principal de nuestros dogmas para desplegar el armonioso conjunto que forma la doctrina católica, no cabe duda que es la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Por eso los esfuerzos de la impiedad de todos los tiempos posteriores a Cristo para conculcar y aniquilar, si pudieran, algunas de las prerrogativas de que Cristo estaba enriquecido. Los fariseos y doctores objetan a su doctrina y buscan la contradicción en sus palabras para acusarle de embustero, engañador y sedicioso de la plebe; pues se les hace duro reconocer que Cristo es Dios. El mismo Satanás ignora la Divinidad de Cristo, y excita a aquellas turbas a que griten: *crucificadle, crucificadle*, y mueve la ira de aquel pueblo ebrio de la sangre del Justo, por excelencia y esencia. No sabe el demonio que Cristo es Dios. Los acusadores, los verdugos, la sinagoga, aquellos ancianos irreflexivos, y aquellos jueces ciegos, y aquel delegado romano cobarde, no tienen compasión, porque están sus entendimientos a oscuras de la majestad divina del reo. En una palabra; cuantos contribuyeron a la ejecución de Cristo, lo efectúan negando la Divinidad. La muerte de Cristo para el pueblo judío es porque Jesús, no siendo Dios, se hace Dios.

La guerra contra la Divinidad de Jesús, con su muerte no terminó, y tampoco la puso fin la confirmación manifiesta de ser verdad que Jesús era Dios, por los milagros asombrosos sucedidos al tiempo de estar en la Cruz y, sobre todo, por su Resurrección.

Los herejes de todos los tiempos prosiguen manejando la piqueta demoleadora sin que logren penetrarla en la parte exterior de la obra llevada a cabo por la Santísima Trinidad en la Encarnación del Verbo. Entre los herejes coloco a los gentiles, conformándose con el parecer de San Agustín, aunque comunmente los autores los clasifican separadamente; y me mueve a ello el que, no obstante de no haber recibido los rayos de la luz de la fe divina, hay que impulsarlos a que entren en el redil de Cristo, según nos enseña San Lucas (1). Y esto se debe hacer con fortaleza y suavidad, a imitación de Dios en el gobierno del mundo, para que los paganos aprendan la falsedad que encierra lo que ellos

niegan; imaginan que Jesús ni ha venido ni vendrá, siendo así que Cristo ya vino. La Historia y la voz de los pueblos refuta la aserción de los gentiles bajo cualquier aspecto que se la considere. Para el doctor Angélico, los judíos también son herejes; pues admitiendo la sombra y figura, rechazan la luz y la realidad. Estos aún esperan al que habitó entre los hombres y ellos crucificaron, en castigo de lo cual están dispersos y son el oprobio de los pueblos.

Imposible me es enumerar los herejes que nos han dado idea de un Cristo mutilado; si a ello tirara, me vería precisado a decir, aunque fueran pocas palabras, de los Cerintianos, Ebionitas, Mandrianos, Saturnianos, Basilidianos, Cerdonianos, Secundianos, Marcionitas, Apelitas, Teodotianos, Melquisedianos, Ophitas, adoradores de la serpiente, porque tenían la avilantez de sostener que la serpiente engañadora de nuestros primeros padres, era el Cristo; y me vería en el empeño ineludible de exponer los errores contra la Divinidad de Cristo de los Maniqueos, Apolinaritas, Paulicianos, Focinianos, Nestorianos, Eutyquianos, Acefalos, Jacobitas, Coptos, Acemetas, Agnoetas, Teopasquitas, Monofisitas, Monotelitas, Maronitas. En esta exposición llegaríamos al racionalismo protestante para terminar con los delirios inventados por el judío Salvador, por el ligero y superficial Renan y el panteísta Strauss, forjadores de Cristos personificados en entendimientos febricitantes. Y para concluir; nos encontraríamos sin poder guardar silencio sobre el último paso dado por lo que llaman crítica desarrollada en los trabajos del Profesor de Berlín, Doctor Har-

nack, y el abate Loisy.

De la sola exposición de la doctrina de tantos herejes resultaría la ineptitud de sus autores; la contradicción de la doctrina de los unos a la de los otros; saldría a la vista la incapacidad del hombre para asentar por sí mismo una doctrina dogmática. La Historia nos iría confirmando la famosa frase del sabio Obispo Bossuet dirigida al protestantismo: *Tú varías, y lo que varía, no es la verdad*. Los herejarcas opuestos a la Divinidad fueron vencidos por las afirmaciones católicas, por la acción sapientísima de la Iglesia Católica, que, constante, sostiene y define la verdad sin ninguna variación. Cristo, es Dios. Y lo mismo lo fué en el momento de la Encarnación, que ahora lo es, que lo será en una sucesión sin fin. La Divinidad de Cristo sirve al católico de consuelo al defenderla contra la petulancia moderna; porque la Divinidad de Cristo es la prueba incontestable y fehaciente de la verdad de todos nuestros dogmas.

Anacleto Heredero, Presbítero.

¿Sabe ó no sabe?

TODOS los días, y a todas las horas del día, y de muchas maneras, hemos oído ponderar la gran sabiduría de Satanás; no nos sorprende en verdad, porque el pecado no le privó de su gran ciencia; lo que nos sorprende y nos admira es que, a pesar de esa ciencia y de esa sabiduría tan cacareada, haya demostrado tanta ignorancia al tratarse de los intereses de Jesús; lo que si nos admira es ver que su ignorancia haya sido tan supina cuando ha querido desempeñar algún papel importante en la vida, pasión y muerte de nuestro adorable Redentor.

En los Evangelios de San Mateo y San Lucas se lee que Satanás subió a Jesús a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré si cayendo, esto es, si postrándote en tierra, me adorares.

Vete, Satanás, le dijo Jesús, porque escrito está: al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás (1).

Parece que Jesús con estas palabras le dice al demonio, vete, porque no sabes lo que dices; vete, porque no sabes lo que pides; vete, porque estás dando pruebas de tu ignorancia, de tu malicia y de tu maldad; vete al fuego eterno.

Siempre Satanás se presenta como es, muy ignorante y muy perverso. En el Paraíso promete a nuestros padres ser como dioses. ¡Oh perverso! ¡Oh maligno espíritu! Quieres que los hombres seamos como dioses, sabedores del bien y del mal. ¿Por qué tú no te has hecho Dios y has dejado ese tu estado tan miserable y desgraciado? ¿Por qué no has salido tú maestro en esa ciencia del bien y del mal? ¿Qué falta nos hacía a los hombres tanta ciencia?

Esto debe abrirnos los ojos a todos para ver de una manera muy clara, no sólo la ignorancia, y malicia, y maldad de Satanás, sino la maldad, la malicia y la ignorancia de todos sus secuaces é imitadores. A cada paso están prometiendo a los desheredados de la fortuna riquezas, honores, felicidad, dicha, bienestar, libertad, fraternidad, goces sin medida, el cielo en la tierra; pero permitid que preguntemos: ¿Lo han dado alguna vez? Que contesten por nosotros los pobres, pues tan pobres y necesitados se encuentran hoy, como se encontraron ayer, y como se encontrarán mañana, y como se encontrarán, sin duda, siempre, mientras no se convengan que las manos y solas las manos que se muestran generosas para levantar Iglesias, y Conventos, y adornar los Santuarios, son las que doran los hospitales y multiplican las obras de caridad; que las manos filantrópicas que no dan nada a Dios, dan a los hombres menos que la caridad, que atiende primeramente a Dios; que los continuadores de la obra de Satanás están muy prontos a declamar contra los gastos que necesita el culto exterior; pero los pobres debían abrir ya los ojos y ver por ellos mismos que en ninguna parte se da más a los desgraciados que allí donde se da más a Cristo Jesús en su Templo; los pobres debían ya ver después de tantos desengaños como han experimentado; pero cómo han de ver, si esos imitadores de Lucifer han tenido mucho cuidado de arrancar del corazón del pobre la resignación cristiana, del corazón del rico la caridad, de la sociedad la justicia y de todos la fe; cómo han de ver si se los ha hecho creer que las aguas amargas de la vida ya no se hacen dulces con la Cruz de Cristo.

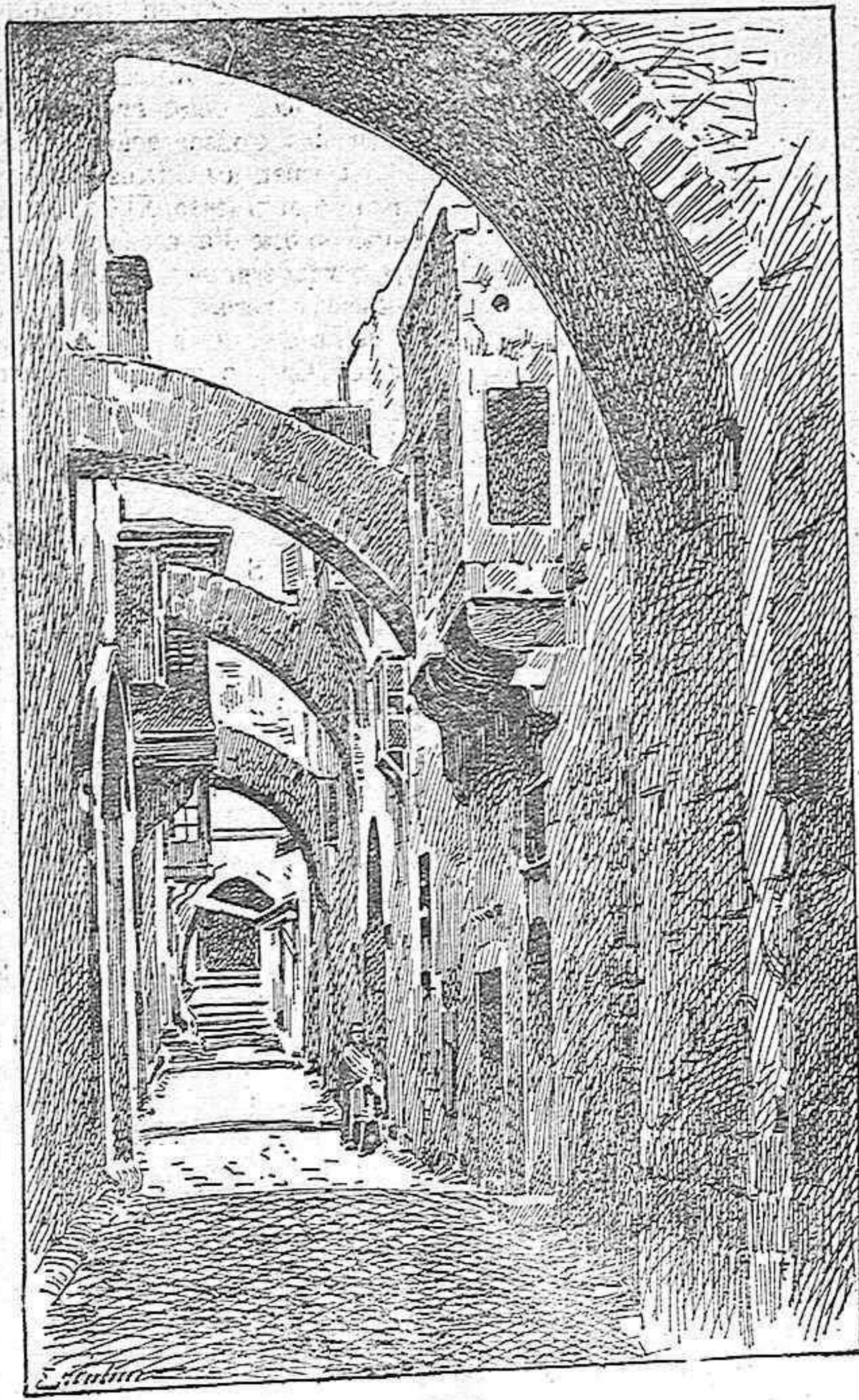
¿De qué manera hubiera conseguido Satanás el que Cristo se arrojara a sus plantas? No siendo tan ignorante y demostrando ser un poquito más listo.

Si Satanás, en vez de prometer a Cristo todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le promete la salvación de todas las almas, qué digo, la salvación de una sola alma, Cristo se arroja a sus pies, porque Cristo vino para salvar a todos los hombres, y por su salvación padeció los mayores tormentos y derramó hasta la última gota de su sangre clavado en la Cruz.

San Lucas, después de hablar en su Evangelio de las tentaciones de Jesús, dice estas palabras: Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo (2). Este tiempo, dicen los expositores, es el de su Pasión.

Vamos a ver qué nos enseña Cristo en su Pasión, y procuremos grabar muy bien en nuestras almas sus saludables ejemplos y sus palabras llenas de su infinito amor, para de esta manera conformar todas nuestras acciones y toda nuestra vida a la vida de Cristo y de Cristo Crucificado.

Sabiendo Jesús que era venida su hora de



(1) La Virgen María.
(2) De la familia de David, cuyo padre fué Jesse ó Isai.
(3) S. Mat. I, vs. 20, 21 y 23.

(1) S. L. I, vs. 31, 32 y 33.

(1) S. Lucas 14, v. 28.

(1) S. Math. IV, S, 9, 10.
(2) S. Luc. IV, 13.

pasar de este mundo al Padre: habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena, como el diablo se hubiese ya puesto en el corazón de Judas, y siendo él mismo diablo (1), se humilló ante él para lavarle los pies.

Si Satanás había entrado en el corazón de Judas antes de lavarle los pies Cristo Jesús, Satanás estaría en su corazón ó sentado ó de pie, luego al arrodillarse Jesús a los pies de Judas, necesariamente queda arrodillado a los pies de Satanás.

¿Por qué Jesús se arrodilla a los pies de Judas habiendo entrado ya en su corazón el demonio? ¿Por qué besa, acaricia y lava aquellos pies que había llamado de diablo? ¿Por qué permitió que de sus ojos divinos cayeran lágrimas abundantes sobre esos pies diabólicos? ¿Por qué? Porque quería su salvación; porque deseaba que los cielos y la tierra, y aun el infierno mismo, fueran testigos de lo que su Sagrado Corazón es capaz de hacer y sufrir por la salvación de una sola alma: ¿Por qué se arrodilla a los pies de Judas, y por lo tanto, a los pies de Satanás? Para hacer ver a Lucifer que, a pesar de su gran ciencia, se había equivocado, y más que todo esto, para que vieran las generaciones todas, que si es admirable en sus santos (2), es todavía más admirable en los pecadores; para que el mundo viera que su bondad, su grandeza y su poder, parecen despedir más vivo resplandor en el corazón que le ultraja que en el corazón que le adora; para que entendiéramos que no le dan a conocer mejor las maravillas que obra para sus amigos, que todo lo que hace para sus enemigos (3).

Luego podemos asegurar que Satanás no sabe lo que trae entre manos; no sabe pedir, ni cómo ha de pedir; no sabe tentar, ni cómo ha de tentar; en una palabra, no sabe nada, y como nada sabe y es tan ignorante, los devotos de la Pasión, con la gracia de Dios, debemos explotar esa ignorancia apartándonos de él, venciendo, burlándole, despreciándole, pisoteándole, odiándole de muerte; nosotros, fortalecidos con esa gracia divina, debemos aprovecharnos de la sagrada Pasión de Cristo, que no nos hará buscar el consuelo para escapar de la Cruz, sino para llevar mejor esa misma Cruz, caminando en pos de nuestro generoso Salvador.

Luego no sabe.

Jorge Abad Pérez,
Capellán Muzárabe.

Jerusalén y Roma.

«..... Y la tierra estaba desnuda y vacía..... y las tinieblas se extendían sobre el haz del abismo..... y el espíritu de Dios se movía, fecundo, sobre las aguas.»

Vacía la tierra y desnuda, no de vegetación y de ornato, sino de gracia y de virtud..... extendidas las sombras, no sobre el abismo del espacio desierto, sino sobre el abismo del pecado, donde estaban las conciencias heridas de muerte.

No era el caos del mundo físico, era el caos del mundo moral; pero el espíritu de Dios, la virtud omnipotente y creadora, sobre el caos moral, se cernía como en el principio, sobre las turbias y cenagosas corrientes que arrastraban por la inmensidad el embrión del futuro universo.....

Allí fué, en un rincón del planeta, en una ciudad de la Palestina, en Jerusalén.

El Verbo, el increado hecho carne, carne mullada y sangrienta, carne de víctima, pendía en un patíbulo enhiesto, bajo el cielo enlutado, sobre la tierra consternada, en las plenitudes de un día negro como la noche.

Y Él, el mártir, la víctima, el Crucificado en el madero, patíbulo de los infames; Él, que había incubado gérmenes, sustancias, materia informe, vida en rudimento..... brotando, por su virtud, del fondo de la nada la creación universal, hacia surgir ahora en obra más estupenda que la primera, porque no se trataba de actuar, como si dijese, sobre la naturaleza pasiva, sino sobre la naturaleza activa y resistente, un mundo regenerado, una vida restaurada, una humanidad redimida..... redimida por una redención que, como no había de ser transeunte, sino permanente, trascendía a la historia en nuevas leyes, en nuevas costumbres, en nuevos sentimientos, en nuevas ideas..... que ennoblecían al hombre, haciéndole responsable y libre; que le inspiraban amor a los demás hombres como El, hermanos suyos, hijos del mismo padre que está en los Cielos; que le comunicaban alientos para marchar por los siglos, avanzando siempre en creciente progreso de cultura y de civilización; que le prometían que en el ocaso de la existencia, allende la vida consagrada a la práctica del bien, le esperaban como dichoso premio y venturosa corona, el Cielo, la eternidad henchida de la gloria de Dios.....

Pues lo que se inició en Jerusalén, en Roma, se completa. Allí está el principio, aquí está la consecuencia; allí está el germen, aquí está el fruto; allí está la fuente de vida, aquí están los canales por los que la vida se reparte; allí, donde todos los pueblos estaban representados y donde la corriente de los antiguos siglos convergía, está la redención;

pero la aplicación de los efectos redentores está aquí, donde han de converger los futuros siglos como a su centro, donde han de acudir los pueblos de luz como a su foco..... En Jerusalén está, en suma, Jesucristo, el cristianismo en persona; en Roma está Jesucristo también en su Vicario, en su Iglesia, en el catolicismo romano, donde se halla contenido el cristianismo en su esencia más pura.

Así es, efectivamente. En el lenguaje de San Pablo, los términos Jesucristo é Iglesia, se confunden: inspirándose sin duda en el Apóstol, un apologista alemán dijo que la Iglesia era «la perenne encarnación de Jesucristo»: considerando la institución divina en su revelación externa y pública, afirmó un apologista francés que la Iglesia era «la forma social de Dios en la historia»: y aunque ahora, como última expresión del pensamiento sectario lo niegue todo esto el protestantismo, representado por uno de los más renombrados intelectuales de Europa, por Harnack, en sus recientes lecciones sobre *La esencia del cristianismo*, la verdad es que eso, la esencia del cristianismo, no está en la protesta, sino en la Iglesia romana. ¿No lo habíamos reconocido a una los Doctores de la Universidad protestante de Oxford, diciendo, el siglo pasado que, «en la Iglesia Católica había vinculado Jesucristo su gracia y sus bendiciones», con cuya declaración daban por concluida una contienda ya añeja, iniciando al propio tiempo una conversión hacia Roma, de que daban claro testimonio al añadir que «suspiraban, tristes, pensando que estaban separados de ella»? ¿Pues qué ensueños de restauración protestante son éstos? ¡Ah! Es que el profesor de la Universidad de Berlín y otros como él — por ejemplo, los compiladores de los estudios del inglés Jonatas Dymon para las escuelas de los Estados Unidos — fantasean que les ha de servir de provecho la expansión comercial de los germanos y anglo-sajones por el mundo, y a eso fian el buen éxito de una propaganda, que en el hecho de ser protestante es pernicioso y antisocial.

¿Y cómo no ha de serlo si es el predominio de la intransigencia; si es la muerte de la libertad; si es el desenfreno de las pasiones; si es el atropello del débil por el poderoso, como lo viene siendo desde que Lutero permitió que los campesinos alemanes fueran aplastados por la soberbia de sus señores.....!

No: la obra divina, que es la redención sempiterna para las sociedades y para las almas, tiene como puntos de apoyo para su evolución y desenvolvimiento, Jerusalén y Roma. El protestantismo es..... Schopenhauer habla y dice que la reforma que «en su origen representa una apostasía, se reduce hoy a un racionalismo ramplón.» Reclus escribe, echando en cara a los reformadores, que «ellos que se levantaron contra la autoridad de la Iglesia, no acertaron a formar sino una Iglesia autoritaria.» Macaulay habla en la Cámara de los Comunes, y él, protestante, establece un paralelo entre los pastores de la reforma entretenidos en escribir «cartas de género muy diferente de las epístolas de San Pedro y San Juan, y que podían verse en la correspondencia de Lady Hamilton», y los Sacerdotes católicos «en miserables cabañas, en medio de enfermedades contagiosas, instruyendo a los jóvenes, consolando a los desdichados, sosteniendo el Crucifijo ante los ojos del moribundo.» Liebknecht habla en el Reichstag, y él, que llevaba la palabra del socialismo alemán, decía, a propósito del llamamiento de los Jesuitas, que sí, que reconocía la conveniencia de ello, porque «los Jesuitas habían siempre procedido en el terreno político y civil con mayor respeto a la libertad que los ministros protestantes»; y hasta Lutero, resumiéndolo todo en una sola frase y como previendo la inutilidad de sus esfuerzos, la inalterable cohesión que Jesucristo había comunicado a su Iglesia, la derrota que iba a acabar con su reforma y el fracaso que iba a seguir a sus proyectos, escribió, en los estudios que hizo sobre el capítulo del Génesis, que habla de la maldad de los hombres y de su consecuencia el diluvio: «nadie podrá quitar a nuestros adversarios el título de Iglesia, y mientras lo conserven nos condenarán y nos perderán.»

¡Ah! Si este prestigio y esta influencia fuesen proclamados y reconocidos por nuestros hermanos separados, los protestantes de la edad moderna, ¡cuán sin esfuerzo volverían al centro de unidad.....!

¿Y por qué no han de volver? El tiempo es propicio. Jesucristo, que con los brazos abiertos mide el mundo, en frase de Lactancio, invitando a las naciones a cobijarse bajo ellos, a todos los hombres llama, protestantes, cismáticos, indiferentes, incrédulos..... para que se agrupen en el seno de su Iglesia.

Pues, hermanos..... *Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.*

Salvador S. Valdepeñas.

Abril 1905.

Como tenemos anunciado, EL HERALDO TOLEDANO adelanta esta semana su publicación.

La índole especial de este número, dedicado exclusivamente a temas religiosos y noticias de las festividades de Semana Santa en nuestra capital, no permite la publicación de anuncios, con notable quebranto en nuestros intereses.

Perdonen los señores anunciantes la contrariedad que con ellos compartimos, ofreciéndoles en cambio a todos una inserción gratis, a cambio de la que hoy deja de hacerse.

Semana Santa en Toledo.

Ritual de Jueves y Viernes Santo.

Se cantan por la tarde *Tinieblas*, que no son otra cosa que los Maitines y Laudes de las horas canónicas; durante el Salmo *Benedictus* se apagan las seis velas colocadas en el triángulo, excepción de la que se coloca en el centro, llamada *María*, vela que no se apaga, se esconde hasta el fin de las tinieblas, en que se la vuelve a presentar, y significa esta ceremonia la progresiva oscuridad en que todo va quedando al apagarse las luces, manteniéndose viva y radiante la fe en la Santísima Virgen que acompañó a su hijo hasta el Ara de la bendita Cruz: la completa oscuridad significa el eclipse total del sol de justicia, y el ruido de las carracas representa el temblar de la tierra que siguió a la muerte de Jesús.

Hé aquí ahora una sucinta nota de los cultos que se celebran en la Catedral y demás Iglesias de Toledo:

En la Catedral.

Jueves Santo.—A las ocho y media de la mañana Horas Canónicas, y terminada la Nona, el Prelado, revestido de Pontifical, saldrá de la Capilla de Nuestra Señora del Sagrario, acompañado de los Sres. Sacerdotes que han de asistir a la Consagración de los Santos Oleos, celebrándose, acto seguido, la Misa Pontifical y Consagración de los Santos Oleos.

Terminan los Oficios con la traslación del Santísimo al Monumento. El Cáliz donde se reserva al Santísimo en este día, es el conocido por el del Fonseca, joya verdaderamente artística, adornado de piedras preciosas y perlas. Es también otro riquísimo Cáliz el que ha de usar en el Santo Sacrificio de la Misa el Prelado, Cáliz con hermoso esmalto y rica pedrería y perlas, y se conoce por el de Mendoza. El Copón que usa Su Eminencia para dar la Sagrada Comunión al Clero-Catedral y Seminaristas, es de oro con brillantes y esmeraldas.

A las dos y media de la tarde se verifica el Lavatorio en la Sala Capitular, y después se celebra el de los pobres por su Eminencia el Cardenal Arzobispo Sr. Sancha. Después de esta ceremonia se predica el Sermón de *Mandato*. Sigue al Sermón Horas Canónicas, Completas y Maitines, terminando los cultos de este día con el *Miserere*, que comienza a las ocho de la noche.

Viernes Santo.—A las ocho y media de la mañana Horas Canónicas, y terminadas éstas darán principio los Oficios, actuando de Oficiante el Prelado; en este día se canta la *Pasión* y se predica el Sermón.

Para la adoración de la Cruz se coloca el magnífico *Lignum Crucis*, adornado de ricos camafeos, y cuyo pie es una cajita de oro con una reliquia, y cuya cajita está adornada con amatistas.

A las dos de la tarde, Sermón de las *Siete palabras*.

A las tres y media Maitines, y a las ocho de la noche el *Miserere*.

Sábado Santo.—A las ocho empieza el Coro, y concluido éste, siguen los Oficios, en los que es Oficiante el Semanero.

En las Parroquias, Iglesias y Conventos se celebrarán los Divinos Oficios: el jueves, a las nueve; el viernes, a las siete, y el sábado, a las ocho de la mañana.

En el Colegio de Doncellas se celebrarán los Oficios el jueves y viernes a las diez de la mañana, y por la noche, a las ocho del viernes, el Sermón de Pasión.

El mismo viernes, al anochecer, habrá Sermones en San Nicolás, Santa Justa, Santo Tomás y en San Juan Bautista, regida por los RR. PP. Jesuitas.

Los Monumentos.

El de la Catedral.

No se ha puesto este año por falta de recursos el llamado Monumento Grande, construido por iniciativa y orden del Cardenal Borbón en 1807.

El que se coloca es el *monumento chico* en la Capilla de la Virgen del Sagrario.

Los de las Parroquias.

Nada digno de especial mención como nota saliente de historia ó arte ofrecen los Monumentos que se colocan en las Iglesias Parroquiales: todos son de parecido estilo, reducidos a sencillas gradería de madera pintada, con profusión de luces, a cuyo efecto se recogen velas de cera que facilitan los feligreses, a los que se les devuelven los cabos ó parte de ellas no gastada, y que conservan los fieles para encenderlas en sus propios domicilios delante de alguna sagrada Imagen, a fin de implorar la divina protección en días de tormenta, ó cuando hay en la casa algún enfermo grave.

Tiestos con flores naturales ó artificiales y profusión de luces en más ó menos lujosos candeleros: a esto están reducidos la mayor parte de los Monumentos de las Parroquias.

Estas Iglesias son, no obstante, muy visitadas estos días, y los forasteros, ya que no pueden admirar grandes bellezas en los Monumentos, admirarán en algunos detalles cosas artísticas que ya están reseñadas en varias guías de Toledo, como el cuadro

del Greco en Santo Tomás, el célebre cuadro *El Entierro del Conde de Orgaz*.

Hay en San Justo, y esto no aparece en ninguna guía de Toledo, porque su descubrimiento data de pocos años a esta parte, una Capilla ó Sacristía, notabilísimo ejemplar del arte árabe, y que debió construirse en el siglo XIII; las personas amantes del arte y de los recuerdos históricos no deben dejar de visitar, con este objeto, la Parroquia de San Justo.

Los de los Conventos y otras Iglesias.

Estos son de mucho mayor gusto casi todos que los de las Parroquias. Se ven en ellos la delicadeza de la mujer, el entusiasmo de la mujer católica.

En otros, ya que no precisamente el Monumento, hay que admirar notables objetos artísticos: tal sucede con el artesonado en San Juan de la Penitencia; la construcción de los altares y muchas Reliquias en el Convento de Capuchinas; las colgaduras y artesonado en Santo Domingo el Antiguo, y casi todo el Templo de la Concepción, en cuyo mismo lugar existieron aliciares visigóticos y árabes, viniendo a ser *Casas Reales* cuando D.^a María de Molina lo cedió a los hijos de San Francisco, que le ocuparon hasta 1447, en que se trasladaron a San Juan de los Reyes.

«Es indudablemente, dice el Sr. Simancas, uno de los más notables Conventos existentes en Toledo, tanto por su historia, como por las joyas artísticas que posee.

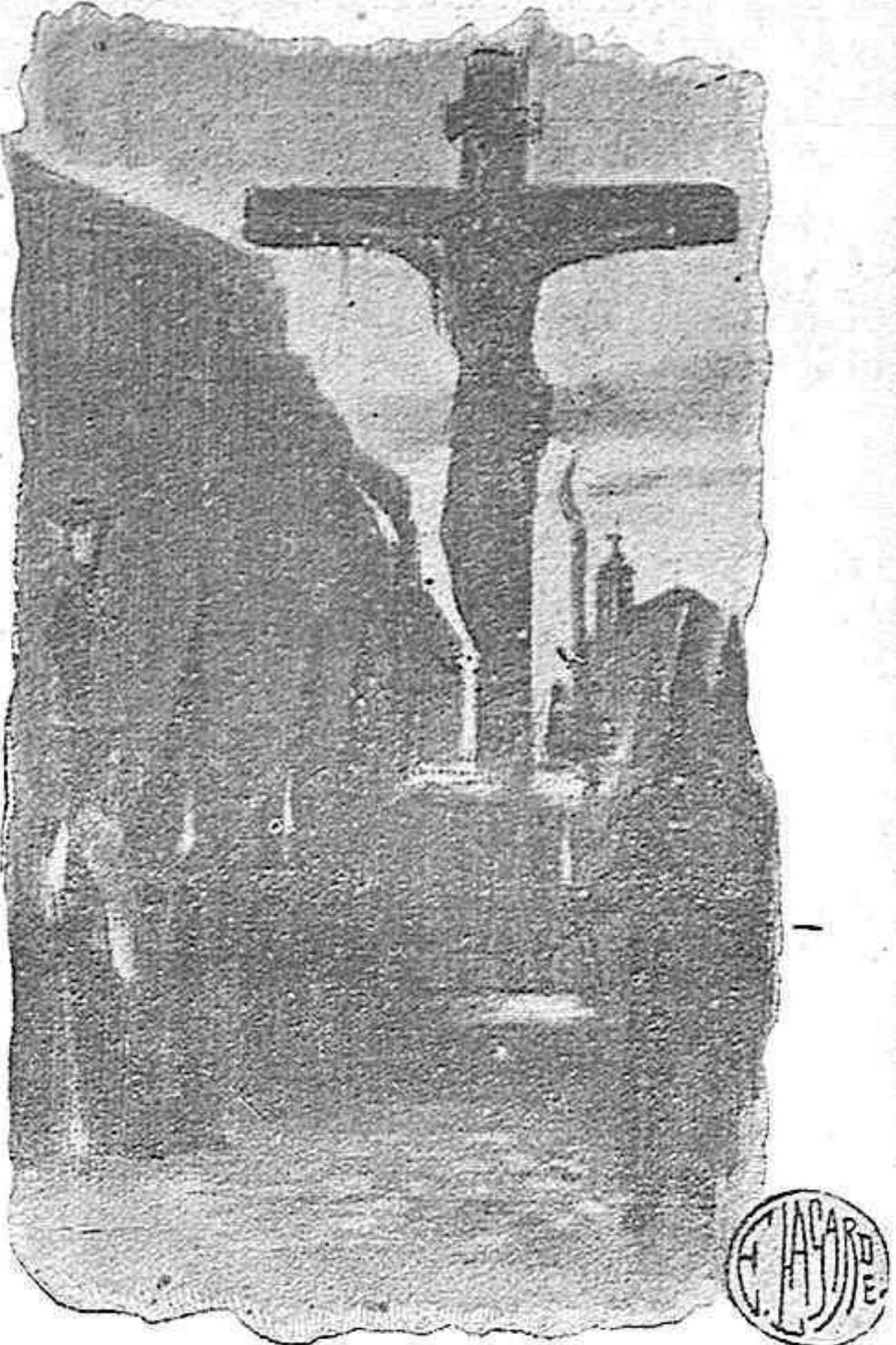
Debe citarse, en primer lugar, la cúpula esférica de rosca de ladrillos y profusamente decorada con alieceres de formas y dibujos en los que domina el estilo granadino y los colores azul, verde y de reflejos metálicos. Es éste único ejemplar en Toledo, y puede afirmarse también el que España lo debe considerar como uno de los monumentos más hermosos y originales. La Capilla de Santa Catalina, inmediata a la de San Jerónimo, en que se encuentra la citada cúpula, es también digna de visitarse para admirar en ella sus pinturas murales y la bóveda de resaltados nervios.

Aconsejamos también una visita a la ruinosa Capilla de los Francos, situada al lado de la Epístola. Son dignos de admiración los restos decorativos que aún se conservan de los que fueron sepulcros de los fundadores.»

Hay también exposición de Monumentos en las Iglesias de San Pedro Mártir (Asilo), Nuestra Señora de los Remedios (Doncellas Nobles), Hospital de la Misericordia y Hospital del Rey.

El más hermoso de todos éstos, y casi todos, modernamente considerado, es el del Colegio de Doncellas Nobles, por el lujo, buen gusto y profusión de luces con que se presenta, colocándose en él una *Dolorosa* muy bonita, el *Santo Cristo de la Agonia* y dos *Angeles* magníficos.

En el de Santo Domingo el Real se exhibe una hermosa obra de arte, un *Cristo*, al que denominan *De las tres caídas*.



Las Procesiones.

El Jueves Santo, a las siete de la tarde, saldrá de la Iglesia de la Magdalena la Procesión con la imagen de Jesús crucificado y el *Lignum Crucis*, recorriendo las calles de Magdalena, Zocodover, Comercio, Solarejo, Tornerías, Martín-Gamero, Cuatro Calles, Hombre de Palo, Palacio, Catedral y desde ésta, por el Arco de Palacio, Nuncio Viejo, Jardines, San Vicente, Plata, Comercio, Zocodover, a la Parroquia.

El Viernes Santo, saldrá, a las siete, de Santa Justa y recorrerá las calles de Plata, San Vicente, Jardines, Nuncio Viejo, Palacio, Ayuntamiento, Arco de Palacio, Hombre de Palo, Cuatro Calles, Martín-Gamero, Tornerías, Solarejo, Comercio, Zocodover, Sillería, Refugio, San Vicente, Plata, a la Parroquia.

Nuestros grabados de hoy.

El Santo Entierro de la primera plana, es completamente original, y al juicio de nuestros lectores queda la estimación de su mérito.

El Santo Cristo que aparece en la segunda plana, es una exacta copia de la obra tan ponderada del inmortal Velázquez.

Representa el de la plana tercera un detalle de la *Via Dolorosa*, ó calle de la Amargura, en Jerusalén.

El que publicamos en la cuarta plana, es un artístico detalle de la Procesión de Viernes Santo que hace años publicamos, y que por no haber perdido oportunidad, reproducimos; es obra del hábil é inspirado lápiz del Sr. Lagarde.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ
Comercio 55, y Lucio, 8.—Teléfonos 31 y 32.

(1) S. Joan. VI, 71.

(2) Ps. LXVII, 36.

(3) P. Biot, *Agonía de Jesús*. T. III, pág. 567.